



Joaquín Hernández: «Vivimos en la discordia de los linajes»

POR XAVIER MICHELENA

El filósofo y académico Joaquín Hernández Alvarado, salvadoreño y ecuatoriano de corazón, presentó en la UASB-E su nuevo libro El fracaso de la Filosofía de la Liberación Latinoamericana (Paradiso Editores, 2024). Xavier Michelena Ayala, editor y periodista, estableció un diálogo con él para conocer su pensamiento, además de los senderos que lo llevaron a ser un filósofo y su idea acerca de la filosofía hoy.

Joaquín Hernández Alvarado —San Salvador, 1948—. Desde 2014 es rector de la Universidad de Especialidades Espíritu Santo (UESS) —Samborondón, Guayas, Ecuador— y desde hace pocos días es rector de Ecotec. Como buen salvadoreño, fiel a los sabores y colores de su niñez, encuentra tiempo para comer pupusa —cuando puede, o si no la reemplaza con frijoles fritos—, beber cerveza y conversar con intensidad. Disfruta con las voces de María Luisa Landín y las canciones de Agustín Lara, Roberto Cantoral o Ema Elena Valdelamar. El bolero es otra de sus pasiones. Aquel que se ponía en escena en los teatros y clubs nocturnos en el entonces D. F. de México, en los años cuarenta y cincuenta. Hernández está convencido de que este género no es un refugio para nostálgicos envejecidos, sino un documento de expresión de la sensibilidad que la ciudad inventa para nombrar nuevas formas de relación, tan efímeras como posesivas. Cinéfilo que no acaba de acomodarse con el *streaming*, se entusiasma contando la escena final de *8 1/2* de Federico Fellini, en blanco y negro, que para él es la reconciliación de la infancia con la madurez.

Hernández piensa como filósofo, habla como filósofo, vive como filósofo, rodeado de preguntas y de libros. A semejanza de Francisco de Quevedo, afirma: «Escucho con mis ojos a los muertos», mientras su mirada recorre los centenares de libros que habitan en su biblioteca. Ahí conviven Immanuel Kant y Friedrich Hegel en textos de preferencia bilingües, alemán-español, indispensables para el trabajo filosófico actual, superadas



Foto: Archivo personal de J. Hernández

“
A Hernández le
obsesionó desde
pequeño algo tan
anómalo para el
discurso común como
la búsqueda del
sentido de la vida.
”

“
Fueron mis
profesores jesuitas
españoles las voces
que me sugerían
estas lecturas y que
me incentivaban
para más.
”



las ambigüedades de las primeras traducciones al español como las de José Rovira Armengol de la *Crítica de la razón pura* de Kant, o la de Wenceslao Roces de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, mientras en el estante del frente están las novelas y artículos de Guillermo Cabrera Infante. En sitios privilegiados, los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola y *El cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell.

A Hernández le obsesionó desde pequeño algo tan anómalo para el discurso común como la búsqueda del sentido de la vida. El primero que le llamó la atención sobre el asunto fue José Alfredo Jiménez con su homenaje a su ciudad, Dolores Hidalgo, en el estado de Guanajuato: «La vida no vale nada; comienza siempre llorando y así llorando se acaba». Le impresionaron después las palabras de *Macbeth* de William Shakespeare, en la escena V del acto V, cuando comprueba que todo está perdido, que lo imposible ha sucedido, pero que tiene que librar, sin esperanza, su último combate: «La vida es un cuento contado por un idiota, lleno de sonido y de furia, que no significa nada».

De talante meditativo, con su hablar reposado y categórico, pronto a la anécdota oportuna o la gracia chispeante, Joaquín Hernández cuenta que ha dedicado su vida a preguntar por el sentido de la vida. Académico de dilatada trayectoria, nunca resignó su pasión por la búsqueda intelectual a la comodidad de los senderos domesticados. Prefiere la incertidumbre de las aventuras de la razón, a la calma chicha de los lugares comunes y a la servidumbre de los fanatismos.

Iniciamos un diálogo con él. A continuación, sus palabras.

Leía desordenadamente, sin un plan, atento al principio solo a los autores que me recomendaban y después a aquellos que despertaban mi curiosidad —recuerda Hernández—. Con José Ortega y Gasset comencé a leer a François Mauriac, a Georges Bernanos, que me suscitaban inquietudes religiosas. Fueron mis profesores jesuitas españoles las voces que me sugerían estas lecturas y que me incentivaban para más.

Literatura del siglo XX y cristianismo, *Meditaciones del Quijote* y *El Espectador*, de Ortega, fueron decisivos para la formación de mi sensibilidad intelectual. En sentido amplio, esas lecturas fueron mi Bildungsroman, si es que al conocido concepto alemán de «novelas de formación» lo entendemos como «escritos de formación». Charles Moeller me mostraba un siglo conflictivo, aquejado de soledad, pero en el que era posible la reconciliación de razón y fe, de nihilismo y sentido. Ortega, en cambio, el brillo fascinante de la razón que ilumina matinalmente y que contagia vitalidad y espíritu aventurero. Moeller me gustaba por su atrevimiento al hablar del Dios cristiano en un mundo para el que había perdido significado. Era el mismo mundo que



experimentaba al ver películas como *La dolce vita* y *8 1/2* de Fellini o *La notte* o *L'avventura* de Michelangelo Antonioni.

Pasión por la historia

En esos años, la historia comenzó a ser otra de mis pasiones y dejó en mí una huella indeleble. Todavía no me producía el vértigo que ahora me produce. En esta búsqueda, la Revolución francesa y sobre todo el Imperio, me apasionaron. Napoleón se convirtió en obsesión y me llené de libros sobre el período. En menor grado, la época de Erasmo me llevó a las guerras de religión, a la Reforma y luego a la Contrarreforma y al nacimiento de la Europa moderna. Demasiado quizá para un adolescente de 16, 17 años...

Francisco de Borja y la emperatriz Isabel

Con tono grave y ritmo pausado, desgrana sus recuerdos:

En un momento clave de la secundaria se dio una experiencia que considero, en mi caso, fundamental, la de la muerte. No fue, como algunos pensarían, por el deceso de un familiar o de un amigo o por presenciar un hecho violento. Fue sentir de repente la ausencia de algo o alguien que ocurría de repente. Era una sensación de vacío, una súbita desaparición mientras todo seguía igual, el ya no estar más, sin ninguna justificación. ¿La experiencia de lo que llamaríamos la contingencia? Algo innombrable en todo caso, como diría Roberto Calasso.

La anécdota de Francisco de Borja, que después se convertiría en el segundo general de los jesuitas, ilustra el concepto evocado por Hernández: Ante el cadáver descompuesto de la emperatriz Isabel de Portugal, considerada una de las mujeres más bellas de su tiempo, Borja exclamó: «Jamás serviré a señor que se pueda morir». Y yo, que tampoco quería entregar mi vida a valores o señores que iban a descomponerse y a durar, asumía con intensidad esta máxima de vida.

Continúa con énfasis:

Cobraba más fuerza este sentimiento cuando me daba cuenta de que yo también iba a morir. ¿Para eso nacíamos? Nadie me había preguntado si quería nacer o no y que ello implicaba hundirse en el vacío. Lo único cierto es que estaba aquí y que podía desaparecer súbitamente. Entonces: ¿Cuál era el sentido de la vida? ¿Por qué se nace? Me admiraba que nadie se lo preguntase, siendo algo tan evidente. En algún momento de esos años, me di cuenta de que estas mismas preguntas se planteaban los jesuitas y que además tenían respuestas para ellas. ¿Por qué no seguir su modo de vida, vivir su experiencia? Aclaro que no se trataba de una calculadora búsqueda de seguridad, sino de encontrar sentido, vivir por algo.

“

¿Para eso nacíamos? Nadie me había preguntado si quería nacer o no y que ello implicaba hundirse en el vacío. Lo único cierto es que estaba aquí y que podía desaparecer súbitamente. Entonces: ¿Cuál era el sentido de la vida? ¿Por qué se nace? ”

Novicio en la Compañía de Jesús

Desde 1964, durante el cuarto año de colegio, se hacía cada vez más fuerte mi decisión de ingresar en la Compañía de Jesús. En el 65, mi año de bachillerato, tomé la decisión —afirma Joaquín Hernández y prosigue con su relato—: En el primer año, había tres probaciones muy fuertes. La primera era el mes de los ejercicios espirituales de san Ignacio. Durante esas semanas no se habla. Se come en silencio, se camina en silencio. Entre las diferentes semanas hay un día durante el cual se puede hablar. La segunda probación era la que se conocía como el «mes de hospital», que consistía en que lo enviaban a uno a un hospital a servir en lo que se necesitara. Una vez, estaba en el hospital de Santa Ana, la segunda ciudad de El Salvador, y trajeron a un hombre al que le habían metido unos cuantos balazos. Yo constantemente estaba con ese objetivo de querer ayudar a los otros en circunstancias difíciles; entonces me acerqué a él, le agarré la mano y le dije: «No se preocupe, Dios está con usted, Cristo le apoyará para que usted salga adelante. Dios le va a dar lo que usted necesita». Entonces, él, muy salvadoreña-mente, me dijo: «¡Ay!, padrecito, yo lo que quiero es que me dé vida para ir a matar a ese hijueputa que me disparó». La tercera probación era el mes de peregrinación, durante la cual, en la época de san Ignacio, los novicios, incluso sin sotana, se iban a predicar a los pueblos y a vivir de lo que les dieran. Ese fue el noviciado que hice en la ciudad de Santa Tecla, en El Salvador, y que tuvo dos años de duración, en mi caso de 1966 a 1968.

La formación jesuita en Quito

¿Por qué vine a Ecuador y concretamente a Quito, un país casi desconocido para nosotros, y por supuesto para mí mismo, del que solo guardaba el recuerdo de la portada de una revista *Time* donde aparecía la foto de Velasco Ibarra y la referencia a que volvía a ser de nuevo presidente de este país?

Al terminar el noviciado y hacer los votos como jesuita, no estaba claro dónde iba a continuar mis estudios de Humanidades Clásicas y Filosofía. En ese momento, las opciones eran México, donde se ensayaba una nueva metodología para conocer filosofía, la de Emerich Coreth (S.J.), discípulo de Hans-Georg Gadamer, y Quito. No dudé mucho: escogí Quito porque consideraba que, si había que transformar el pensamiento filosófico de la Iglesia, había que hacerlo con el conocimiento sistemático de su tradición. En esos meses había acompañado a Ignacio Ellacuría a sus clases de filosofía en la Universidad Nacional de El Salvador y tuve la intuición de que su orden implacable de exposición tenía mucho que ver con la claridad que proporciona la escolástica.

“**No dudé mucho: escogí Quito porque consideraba que, si había que transformar el pensamiento filosófico de la Iglesia, había que hacerlo con el conocimiento sistemático de su tradición.**”



© freepick.com

Lo primero que me impresionó al llegar a Quito fue el frío y las lluvias frecuentes. En San Salvador estaba acostumbrado a usar camisa de manga corta y pantalón, y solo para ocasiones formales, en mi corta vida civil, traje. Me llamó la atención que aquí, en cambio, todo el mundo en los edificios públicos y en la universidad se vestía formalmente, con traje y corbata. Tanto los estudios de Humanidades Clásicas como de Filosofía los realicé en la Facultad de Filosofía San Gregorio, que estaba ubicada cerca del colegio San Gabriel, en la parte alta de la ciudad, en el sitio donde actualmente está el hospital de la Policía. La subida a pie, cuando veníamos de la ciudad, desde la avenida América, tenía un carácter iniciático.

Lecciones de los maestros

Para Joaquín Hernández, reconocer sus linajes o su discordia es tan esencial como trazar los senderos que configuran la tradición en la que se inserta su itinerario filosófico.

Hernán Malo: pasión e irreverencia

Hernán Malo me pareció más desordenado que Ellacuría. Solo aparentemente. Malo, irónico y de humor chispeante, era un apasionado por las grandes preguntas de la filosofía y de la existencia. Gracias a él conocí, aparte de los filósofos de su preferencia, Platón, Plotino, san Agustín, Heidegger, poetas como Rilke o clásicos como Sófocles. Su pasión por el pensamiento

era contagiosa: uno buscaba ampliar las lecturas, reflexionar, ir al fondo de los temas.

Éramos herederos de una gran tradición occidental, con la que nos sentíamos identificados, formados en la cultura jesuítica de la búsqueda permanente del sentido de la vida como preparación inevitable para la meditación religiosa.

Julio César Terán Dutari: obispo y filósofo

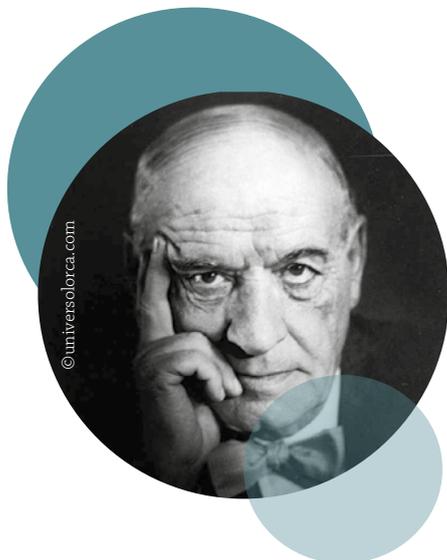
En 1971 llega, después de un largo período de estudios en Alemania y precedido de una fuerte fama de ser uno de los mejores filósofos de la Compañía, Julio César Terán. Cortés, elegante, de traje negro y cuello blanco o simplemente corbata, todavía con un lejano acento alemán. Terán era sistemático y el ritmo de su exposición mostraba el camino de su pensamiento. Retomar sus exposiciones más tarde era una delicia. Igual que me pasaba con Ellacuría, aunque con tiempos y ritmos diferentes, bastaba entender la pregunta de inicio y proseguir hasta llegar a lo que podríamos llamar una conclusión que abría a otra pregunta.

José Ortega y Gasset: la claridad es la cortesía del filósofo

El primer filósofo que me impresionó y me atrajo fue Ortega. A Hernán Malo no le gustaba, lo consideraba poco serio. Yo, en cambio, a lo largo de los años vuelvo una y otra vez a él. Creo que a Ortega se lo leyó mal, se lo leyó por *La rebelión de las masas*. Se lo hipotecó a un par de frases. La primera es toda una formulación filosófica del mismo nivel que las de Heidegger. Plantea un programa intelectual que hay que desarrollar: es de 1914 y consta en *Las meditaciones del Quijote*: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo». Otras veces lo he necesitado para aclarar o para volver más complejas obras que apasionan y que exigen ir hasta el fondo: sus reflexiones sobre Diego Velásquez, por ejemplo. O recuperar la magia y la complejidad del castellano, como el prólogo a *Veinte años de caza mayor*, del conde de Yebes, que debe leerse en voz alta como un parlamento de teatro. Es un diluvio de sensaciones y de visiones que se desatan de su lectura. Vuelvo a Ortega igual que en los años de San Salvador, pese al tiempo transcurrido y la cuota de escepticismo que sobreviene con la edad.

Martin Heidegger: *Kairós*, el tiempo de la revelación

Heidegger es para mí otro de los filósofos inevitables. Uno lo encuentra en todas partes. El tiempo hay que entenderlo como acontecimiento, irrupción, lo que en griego se llama *Kairós*, el tiempo de la revelación. La vida no es la línea entre dos hechos, el nacimiento y la muerte. Es tiempo marcado por la revelación de algo que solo aparece en el tiempo y que lo funda, el ser. Para mí fue decisivo. Gracias a él entendí la existencia como tiempo



“
El primer filósofo que me impresionó y me atrajo fue Ortega. A Hernán Malo no le gustaba, lo consideraba poco serio. Yo, en cambio, a lo largo de los años vuelvo una y otra vez a él. Creo que a Ortega se lo leyó mal, se lo leyó por *La rebelión de las masas*.
”



y no como la duración de algo que permanece invariable. Heidegger me llevó a Rainer Maria Rilke, que me fascinó desde el primer momento. A Friedrich Nietzsche, a Friedrich Hölderlin. Y sobre todo a entender mi vida de acuerdo con lo que iba comprendiendo de esos textos.

Arturo Andrés Roig y el fracaso de la filosofía latinoamericana

Yo leía a Roig desde una actitud irreverente y tratando de entender sistemáticamente qué planteaba. No dejaba de extrañarme, por cierto, el influjo de Roig en un momento dado en Ecuador, que hoy ha desaparecido por completo.

Tenía sentimientos encontrados con la obra de Roig. Por una parte, su sabor decimonónico que no me gustaba: ese ambiente de veneración de lo propio típico de la historia de las ideas de los cincuenta. La devoción un poco patrioter a los pensadores latinoamericanos del siglo XIX. La filosofía de la liberación no me parecía tampoco de alto nivel filosófico y me preocupaba el carácter militante de sus representantes más connotados.

Comencé por una pregunta a Roig: ¿En qué consiste la filosofía latinoamericana? Solo se puede responder, diría, desde la historia de las ideas concebida como él lo hace. Ello implicaba una ruptura con el mundo filosófico occidental. La obra de Roig me interesó porque el tema de la identidad nacional, léase filosofías nacionales y latinoamericanas, siempre estuvo gravitante en mi generación. Siempre me preocupó qué había detrás de eso, si había un aporte desde lo latinoamericano al conjunto de la filosofía occidental.

Roig afirma que la filosofía latinoamericana es latinoamericana por la índole de su fundamentación en el «nosotros», que se actualiza en determinadas épocas y, por lo tanto, no hay un fundamento, sino varios hechos en que la conciencia del nosotros aparece. No sé si Roig tenía claro, nunca lo dice expresamente, que lo que hacía en realidad era la justificación epistemológica de la historia de las ideas. Con esta legitimación teórica, no quedaba sino hacer historia de las ideas, que fue lo que se hizo en Ecuador.

El fracaso de la filosofía de Roig y de los que pretendieron hacer un discurso filosófico propio fue no ser lo suficientemente críticos con sus supuestos. Somos parte del mundo occidental. Roig despreció a los filósofos europeos occidentales actuales que precisamente abrieron nuevos caminos a las encrucijadas de los pensadores del siglo XIX. Hay que entender el fracaso de Roig desde su pretensión de construir un pensamiento inédito, original, propio de la región, pero que en realidad se queda en asumir un conflicto de dos grandes filósofos europeos del siglo XIX —Kant y Hegel—. La filosofía de la región tiene que olvidarse de que es latinoamericana; hay que retomar los grandes clásicos para entender las complejidades de este momento.



©journals.openedition.org

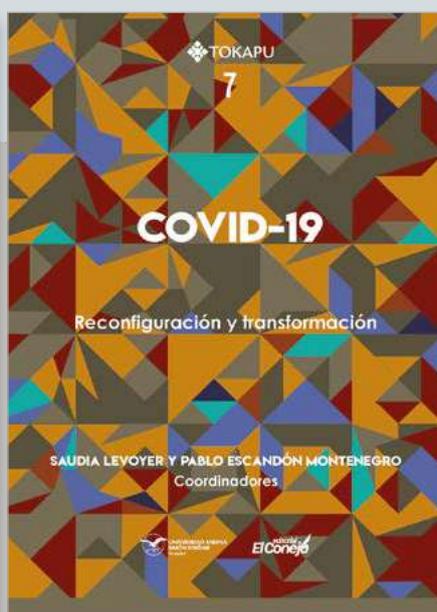
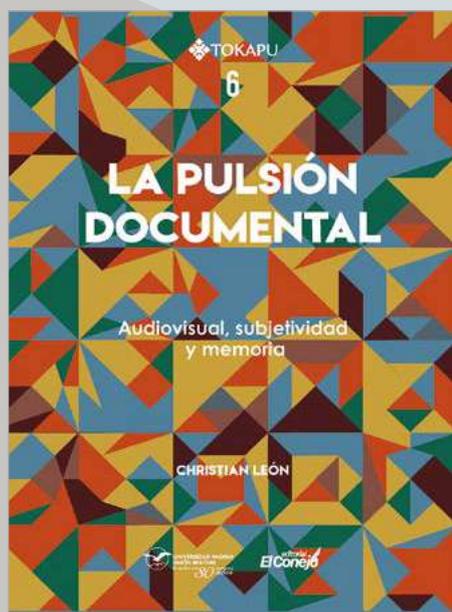
“**El fracaso de la filosofía de Roig y de los que pretendieron hacer un discurso filosófico propio fue no ser lo suficientemente críticos con sus supuestos. Somos parte del mundo occidental. Roig despreció a los filósofos europeos occidentales actuales que precisamente abrieron nuevos caminos a las encrucijadas de los pensadores del siglo XIX.**”

Finalmente, la filosofía

La filosofía es para mí una interrogación sobre la paradoja de la existencia humana. Esa paradoja no es solo intelectual, sino también cultural. Es una exigencia de sentido, la filosofía en eso es intransigente. Es una exigencia de la propia condición humana que implica lo lúdico, lo estético y, por supuesto, las pasiones humanas. Si el problema de lo latinoamericano era la falta de identidad, celebré gozoso su disolución sabiendo que todos tenemos aires comunes de familia. Siempre vivimos en la discordia de los linajes. Un linaje europeo y nuestro linaje mestizo.



Publicaciones



SERIE TOKAPU